

Fernando Moncada, he sabido varias cosas que me han desgradado profundamente; le he pedido explicaciones y hemos roto por completo y para siempre.

La concurrencia no puso en duda las palabras del caballero.

Eloisa, al escuchar las palabras de su padre, sintió que las fuerzas la abandonaban y cayó en el suelo como una estatua arrancada del pedestal.

*[Faint mirrored text from the reverse side of the page, including phrases like 'Explicaciones por Dios', 'Adios', and 'FIN DEL LIBRO PRIMERO']*

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

*[Faint mirrored text from the reverse side of the page, including phrases like 'El caballero Moncada', 'los momentos', and 'en que se iba a verificar']*

LIBRO SEGUNDO.

UNA CRUZADA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE.

*[Faint mirrored text from the reverse side of the page, including phrases like 'El primer día', 'la Cruzada', and 'Dios']*

LIBRO SEGUNDO.

UNA CRUZADA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE.

I. OLUTULO I.

De lo que pasó en el palacio de Versalles la memorable noche del miércoles de Ceniza de 1861.

I.

El *miércoles de Ceniza* del año de gracia de 1861 la Emperatriz Eugenia se dirigió á las oraciones de la noche á la régia capilla de Versalles en busca de su confesor.

El confesor era un clérigo anciano y respetable, en cuyo rostro se reflejaban los rayos del talento velados por una densa sombra de misticismo.

La semana primera de *Cuaresma*, estaba señalada para la realización de un vasto plan.

Eugenia cubierta con un velo se arrodilló á los piés del sacerdote.

Allí la grandeza humana se prosternaba ante el representante de *Aquel* cuya voz escucharemos sumisos el día terrible de la catástrofe universal.

El ministro de Dios pronunció su absolucion, poniendo sus manos en aquella cabeza despojada de la imperial diadema.

Luego que terminó la ceremonia, el confesor hizo levantar á la Emperatriz y le habló al espíritu de su conciencia.

—Señora, dijo el sacerdote, en estos momentos solemnes me permito dirigiros la palabra.

—Hablad, señor, dijo dulcemente la Emperatriz.

—Vuestra piedad cristiana puede ser el nuncio de una era nueva en la crisis por la que atraviesa el catolicismo.

—Ya os escucho.

—Las armas francesas, continuó el sacerdote, han sostenido la Sede pontificia.

—El beatísimo Padre, dijo la Emperatriz, ha bendecido nuestra bandera.

—Lanzado de la Ciudad Eterna por los republicanos, yacía proscrito en Gaeta, y con el auxilio de la Francia tornó á la ciudad de Constantino.

—Es cierto.

—El catolicismo renació como el Fénix, de sus cenizas, y las altas torres de San Pedro de Roma tornaron á saludar al pontífice sucesor de San Pedro.

—Continuad, señor.

—Mucho os debe el mundo cristiano, y Dios os ha colocado en el trono de la primera nacion del mundo como la ejida del pensamiento religioso.

Eugenia inclinó la frente

—Vos influís en los destinos de la Europa; pero vuestro destino aún puede guiaros mas allá de los mares.

La emperatriz hizo un movimiento y escuchó con mas atención.

—La demagogia vencida en las barricadas de Roma y acrobillada despues en Aspromonte, por el impulso de las armas y mas aún por la fuerza del derecho, parece que ha triunfado en América.

—Seguid, señor.

—Los soldados de la fe, los acérrimos defensores del prin-

pio religioso han sido derrotados, vencidos, proscritos, humillados y la religion escarnecida.

Eugenia guardaba un silencio profundo.

—Los templos han sido derribados, los conventos suprimidos, y acaso en estos momentos las escenas del año de 8 en España se reproducen bajo un prisma mas sombrío en México. Vos sabéis, señora, las funestas consecuencias que han traído á vuestra patria las exageraciones revolucionarias.

—Es cierto; continuad.

—El ejemplo de la profanacion desmoraliza al pueblo cristiano, y acaso no está léjos el dia en que la República levante en las catedrales de América la *Diosa Razon*.

La Emperatriz se estremeció al recuerdo de Maria Antonieta: en aquel mismo lugar y bajo el techo sagrado de aquella capilla habia orado tambien la infortunada esposa de Luis XVI.

—Inescrutables son los designios de la Providencia, prosiguió el sacerdote; la República de 48 dominada por la voz armónica de Alfonso Lamartine, era sin embargo un amago á la religion, porque el pueblo se desenfrena y arrastra en pos suya las doctrinas y las creencias. Dios puso en el corazon de vuestro augusto esposo el sentimiento del imperio, como la única y sola idea salvadora de una gran nacion; así se levantó el dique al desenfreno político, y la religion volvió á imperar sobre una sociedad próxima á desquiciarse.

—Es verdad, es verdad, murmuraba la Emperatriz.

—Dios, continuó el confesor, que hizo brotar la luz en el cerebro de Cristóbal Colon para rasgar el denso velo que ocultaba el mundo vírgen de América, habia colocado sobre el trono español á la gran Isabel la Católica, y de nuestra patria, señora, se desprendió el primer rayo de la fé que abrasó todo un continente, el signo de la redencion fué plantado en aquellas regiones y la idolatría desapareció en el Nuevo Mundo.

Eugenia comprendia mucho de lo que su confesor iba á revelar; no desconfiaba de la buena fé del sacerdote, creia sincera

su exaltacion; pero lo encontraba influenciado por la idea dominante en aquellos momentos, como era la *intervencion* en América.

Aquel sacerdote era uno de tantos instrumentos lanzados como arietes, para conseguir ese golpe audaz que bien pronto se volvería contra sus fautores.

—Señora, continuaba en su exaltacion, en América se pierde la creencia de vuestros padres, aquella sociedad camina á su pérdida, y eso que llaman *espíritu de la época* extravía á las almas y las corrompe.

—Y qué puedo hacer para contener ese torrente?

—Señora, la católica España ha iniciado el pensamiento de la *intervencion*; vos que reinais por la virtud en el alma del emperador, impulsadle á tomar parte en esa grandiosa idea; ved que Dios os puede tomar cuenta si os manifestais como una planta estéril en derredor de ese trono que se alza sobre la cúspide del mundo cristiano; vuestro nombre se inscribe entre los laureles que cosecha la Francia; haced que resuene con igual gloria en el siglo del catolicismo; salgan los ecos de vuestra fama de ese límite estrecho de los Alpes y de los Pirineos; extiéndase allá de los mares, para que llegue en un *hossana* hasta las bóvedas de esta capilla, donde os conjuro esta memorable noche á que tengais el lábaro de nuestra fé!

Estas palabras exaltaron el espíritu de Eugenia, que se sintió despertar cuando el génio de la ambicion habla á sus sentidos: cabe en lo religioso ó en lo profano.

Tuvo un momento de alucinacion, se sintió inspirada, recordó las mugeres fuertes de la Biblia, las reinas cuyas imágenes se veneran en los templos cristianos, ambicionó inscribir su nombre no solo en el álbum de los emperadores, sino en el de los santos; se alzó como una profetisa y llena de ardor divino se encaminó al aposento del emperador.

El sacerdote, ufano en su sentimiento católico con aquella conquista de la palabra, se juzgó un nuncio del cielo, y postuló

dose en las baldosas de la capilla, oró con todo el fervor de su alma, creyendo inmortalizado su nombre como el de fray Alonso Talavera ó Bartolomé de las Casas.

## II.

En uno de los salones de Versalles se habian reunido multitud de ayudantes, mientras los mariscales celebraban una junta presididos por el ministro de la guerra.

—Ya sabeis, decia un jóven coronel, que la España está de conquista.

—Va á hacer un ensayo en sus antiguas colonias.

—No garantizo la espedicion.

—Nuestra vecina no quiere convencerse de que está vieja.

—Y cascada, añadió un capitán.

—¡Alto! dijo otro, que sus banderas flamean en los muros de Tetuan.

—Ya, dijo otro, los moros son los moros, la España sabe ajustar sus partidos, bien se puede pelear contra las espingardas hoy que las bayonetas están en boga.

No extrañarán nuestros lectores este lenguaje, toda vez que son sabidos los ódios y rencillas que median entre Francia y España.

—Me parece, insistió el coronel, que pierden la isla de Cuba en un descuido. Por eso han solicitado la concurrencia de la Inglaterra y de la Francia.

—Nosotros, repuso otro de los jefes, no necesitamos de alianzas, nos bastamos para cualquier empresa: dígalo la campaña de Rusia en que merced á nuestras armas pudo tomarse Sebastopol, mientras los turcos y los ingleses se replegaban.

—Sí, añadió otro, la Francia va sola ó se estima como tal aunque la acompañen.

- Así se puede resolver toda cuestión.
- De los convencionales heredó el imperio un solo legado, y fué aquel paso seguro en que se decretó la victoria, dijo con arrogancia el capitán.
- Entre paréntesis, no nos vendría mal una expedición á las Indias.
- No es cuestión de gloria, pero puede hacerse negocio.
- Ya lo creo.
- Esos malditos yankees han absorbido de hecho aquel país.
- Parecé que sus moradores son endiablados, ya habeis visto las quejás amargas de Mr. Gabriac y los discursos tiernísimos del embajador de España, lanzado de América con tanta facilidad.
- Ese golpe tiene su mérito, amigos míos.
- No le valió aquello de que los indios salían de las chozas á preguntarle por S. M. C. y otras sandeces por ese estilo.
- Pacheco tenía imaginación.
- Sí, el discurso puede pasar por una página de los *mil y un fantasmas*.
- Vean ustedes, dijo el capitán, la ingratitud de los reyes: luego que el embajador concluyó aquella dolorosísima arenga, S. M. C. para consolarle, envió á Calderon Collantes con un mensaje en que la reina manifestaba su desagrado por la conducta del embajador, y además su destitución.
- Hay novedad en destituir á un destituido.
- Después de eso, caten ustedes, que por quitame allá esas pajas, se arma la camorra y se alistan las naves para la *conquista*.
- No hay que burlarse, que el negocio va de veras.
- Tan cierto como que las escuadras están próximas á partir para la isla de Cuba.
- Puede haber otra de Barradas en el golfo de México.

- III.
- Las damas de la Emperatriz tenían su tertulia á *sotto voce*, mientras Eugenia permanecía en la capilla de palacio.
- Sabeis la última moda? decía una jóven á sus compañeras.
- Hay tantas, amigas mías, que es imposible enterarse de ellas.
- Pues nos han presentado unas pulseras con lagartijos de esmeralda á la *Moctezuma*.
- Es cierto, dijo otra de las damas; pero lo mas hermoso y espiritual es el collar de ópalos á la *Guautimotzin*.
- Desde que la España ha iniciado la guerra, todo lo de México está á la orden del día: hay quien lleve gorros de dormir á la *Popocatepetl*.
- Sí, prosiguió la dama de Eugenia, hasta en las viandas se encuentran asados á la *Huitzilopochtli*, trufas á la *Malintzin* y volovans á la *Netzahualcoyotl*.
- Hasta en la fraseología amatoria ha entrado la fiebre mexicana: ayer nada menos, me decía el capitán de guardias: con la honda de vuestros cabellos me habeis arrojado una *pedra* al corazón; vos sois mi *penate*, mi *esfinge*, vuestra tia es el *tecolote* que canta sobre mi choza, vuestro padre me trae como á la serpiente el águila mexicana, en el pico todo el día.
- Las damas se echaron á reír con estas ocurrencias.
- A mí, dijo otra de las jóvenes, me ha dicho un chambelán que lo tengo en la *pedra de los sacrificios*, pronto á inmolarlo con la *macana* de mi indiferencia, y que está hecho un *bárbaro*, en cuanto á esa parte, le he concedido la razón mas que á las víctimas de Hernán Cortes.
- El mexicanismo del siglo XIX nos invade, nuestros elegantes optan por la *vida salvaje*, declaran que la levita y sombrero

- Así se puede resolver toda cuestión.
- De los convencionales heredó el imperio un solo legado, y fué aquel paso seguro en que se decretó la victoria, dijo con arrogancia el capitán.
- Entre paréntesis, no nos vendría mal una expedición á las Indias.
- No es cuestión de gloria, pero puede hacerse negocio.
- Ya lo creo.
- Esos malditos yankees han absorbido de hecho aquel país.
- Parece que sus moradores son endiablados, ya habeis visto las quejás amargas de Mr. Gabriac y los discursos tiernísimos del embajador de España, lanzado de América con tanta facilidad.
- Ese golpe tiene su mérito, amigos míos.
- No le valió aquello de que los indios salían de las chozas á preguntarle por S. M. C. y otras sandeces por ese estilo.
- Pacheco tenía imaginación.
- Sí, el discurso puede pasar por una página de los *mil y un fantasmas*.
- Vean ustedes, dijo el capitán, la ingratitud de los reyes: luego que el embajador concluyó aquella dolorosísima arenga, S. M. C. para consolarle, envió á Calderon Collantes con un mensaje en que la reina manifestaba su desagrado por la conducta del embajador, y además su destitución.
- Hay novedad en destituir á un destituido.
- Después de eso, caten ustedes, que por quitame allá esas pajas, se arma la camorra y se alistan las naves para la *conquista*.
- No hay que burlarse, que el negocio va de veras.
- Tan cierto como que las escuadras están próximas á partir para la isla de Cuba.
- Puede haber otra de Barradas en el golfo de México.

- III.
- Las damas de la Emperatriz tenían su tertulia á *sotto voce*, mientras Eugenia permanecía en la capilla de palacio.
- Sabeis la última moda? decía una jóven á sus compañeras.
- Hay tantas, amigas mías, que es imposible enterarse de ellas.
- Pues nos han presentado unas pulseras con lagartijos de esmeralda á la *Moctezuma*.
- Es cierto, dijo otra de las damas; pero lo mas hermoso y espiritual es el collar de ópalos á la *Guautimotzin*.
- Desde que la España ha iniciado la guerra, todo lo de México está á la orden del día: hay quien lleve gorros de dormir á la *Popocatepetl*.
- Sí, prosiguió la dama de Eugenia, hasta en las viandas se encuentran asados á la *Huitzilopochtli*, trufas á la *Malintzin* y volovans á la *Netzahualcoyotl*.
- Hasta en la fraseología amorosa ha entrado la fiebre mexicana: ayer nada menos, me decía el capitán de guardias: con la honda de vuestros cabellos me habeis arrojado una *piedra* al corazón; vos sois mi *penate*, mi *esfinge*, vuestra tia es el *tecolote* que canta sobre mi choza, vuestro padre me trae como á la serpiente el águila mexicana, en el pico todo el día.
- Las damas se echaron á reír con estas ocurrencias.
- A mí, dijo otra de las jóvenes, me ha dicho un chambelan que lo tengo en la *piedra de los sacrificios*, pronto á inmolarlo con la *macana* de mi indiferencia, y que está hecho un *barbaro*, en cuanto á esa parte, le he concedido la razón mas que á las víctimas de Hernan Cortes.
- El mexicanismo del siglo XIX nos invade, nuestros elegantes optan por la *vida salvaje*, declaran que la levita y sombrero

brero alto es una moda abominable, que se sienten tiranizados por las botas y el pantalon.

—Sí, amigas mias, todos desean llevar túnicas de pluma y lucir sus formas, protestan contra el color *blanco*, y el ámbar está de rigurosa moda; anoche en el teatro se representó una escena mexicana: “la caza del tigre.” Al levantarse el telon y aparecer el bosque lleno de plátanos y limoneros, destacándose en el fondo un cielo purísimo y un sol resplandeciente, cuyos rayos se apagaban entre las frondosas ramas de los ahuehuetes, resonó el aplauso mas grande que he oido.

—Eso fué muy poco; cuando se escuchó el rugido de la fiera, que por cierto estuvo imitado á las mil maravillas, entonces rugió toda la luneta con un entusiasmo feroz; sale el indio, entonces la concurrencia se pone de pié y saluda al hijo de Anáhuac, y arroja los sombreros á lo alto, y cuando tiembla el arco, y lanza la jara y el tigre cae á sus piés, entonces el entusiasmo no conoce limites, unos rujen, otros braman, otros dan de alaridos, estábamos en plena América!

—Lo semi-bárbaro tiene un atractivo maravilloso; ya veis los abanicos de plumas, las grandes argollas en los aretes, el ámbar, y sobre todo los aromas; hoy en todos los salones hay pebeteros, los muebles son de bejuco, en fin, todo conserva el aspecto indio.

—Sí, dijo otra de las jóvenes, ya nuestros elegantes nos marean con sus galanterías y cumplidos, necesitamos un amor indio, enteramente salvaje, con sus exageraciones, su arrojo, su ímpetu feroz.

—Debe ser un espectáculo admirable un mexicano apasionado bajo la fantasía de aquel traje.

—Amiga mia, yo he visto al general Almonte y está vestido como los franceses.

—Habrá adoptado la moda francesa; recuerdo que en las Tullerías está el retrato del príncipe Joinville en la toma de Vera-

cruz, y los habitantes de la poética y encantadora América llevan plumas y defienden el castillo con flechas.

—No habia reparado en ello.

#### IV.

Llegaba á este punto la conversacion, cuando atravesó tranquilamente la emperatriz Eugenia en direccion al aposento de Napoleon III.

Lo que pasó en aquella entrevista, lo sabe el mundo y es el objeto de nuestra historia, cuyos pasajes irémos mostrando á nuestros lectores.

Esa misma noche se celebró junta de ministros, y desde entonces la Francia se hizo el foco donde convergieron las ambiciones de la Inglaterra, las pretensiones de la España y los cálculos de la reaccion mexicana para derribar el gobierno de la República.

El ministro mexicano la Fuente, se presentó en Versalles, donde despues de tratamientos en que se faltaba á las reglas mas comunes de galantería y atencion, fué recibido por ese magnate que sueña tener en sus manos los rayos como el Júpiter del paganismo.

El ministro le preguntó á la magestad, lo que significaba aquel tren gigante de guerra, y si no seria tiempo aún de conjurar la tormenta pronta á caer sobre el suelo patrio.

Napoleon III, con aquella sobriedad y concision que lo denuncian como el primer político de Europa, dijo á la Fuente:

—“*Los destinos de la América están resueltos, ya es tarde! ----*”

Despues de cuatro años, México le devolvía sus palabras á Napoleon III desde lo alto del *Cerro de las Campanas*, delante del cadáver ensangrentado del archiduque de Austria:

YA ES TARDE! ----